

CENIZA

ALA

Miguel Angel Aispuro Ramirez

CENIZA



Los rasgos que se perciben en *Ceniza a la ceniza* son la frescura y la renovación del lenguaje para abordar una temática tan delicada como el eros. Un poemario ágil de poesía transparente en su sencillez, *Ceniza a la ceniza* es parte de las pocas creaciones poéticas que se leen con fluidez.

El poeta logra llevarnos a través de los contrastes del amor/desamor en una forma que evita los lugares comunes, siendo ésta una virtud fundamental en la obra.

*Para ti,
que vendrás a destiempo,
siempre a destiempo,
con la sangre quieta
y la sorpresa clausurada;
para ti que vendrás
sin recordar la sangre derramada
ni los versos desoídos
con tus entrañas llenas de extrañeza
y un vago sentimiento de ceniza.*

FRAGILIDAD

Me han negado
—con el calor de antaño—
el sabor inalcanzable
de un pacto con la memoria.

Quiero salvaguardar
aunque sea
astillas de hueso,
el polvo de un milagro,
esquirlas
de una esperanza estallada.

Quiero hundirme en un arrebató de nostalgia.

Anhelo poseer
un trozo de nada,
una mentira, una mortaja,
la materia inerte de un universo contraído.

Deseo desesperadamente
los restos
de una dimensión que implota,
de una esfera rota hacia dentro,
el núcleo helado de una estrella muerta.

Ansío el eco profundo
de martillos sobre clavos,
de clavos sobre madera,
el crujido apagado de nervios rotos.

La más palpable corona de espinas.

Imploro una lanza
que justifique las heridas.

Un milagro que revalide la tortura.

Extender las manos y asir
el martirio de pensarte
como una especie de respuesta.

ESTÁS AQUÍ

Bebo un café
a orillas del silencio, al final de una tonada,
perdido en una sombra,
absorto en dos o tres gotas de lluvia.

Aspiro la fragancia de una tarde rota.

Tengo que cerrar los ojos,
cerrarlos al ocaso,
desandar los sentidos
y los sentimientos.
Desaprehenderme y casi
creer en ti.

Te rastreo.
Me permito
ceguera y sordera.
Y un ilimitado sabor de ceniza entre los labios
me permite encontrarte.

Aquí estás;
son éstas mis venas estancadas,
ésta es mi lluvia detenida,
mi café irreparablemente frío.

Estás aquí, te palpo
en un rincón en mis huesos
latiendo,
latiendo

en memorias coaguladas,
en fotografías impregnadas de tu risa,
en sentimientos derrocados en verso.

Estás aquí;
estatua triste,
altar donde dejo mi presente,
cabizbajo,
donde alas clavadas me condenan.

¿Tan precisa es mi vocación de cementerio?

Me abandono para encontrarte
al sentir el frío
de todas las ausencias.
Te busco —gris desesperanza—
en la presencia de una silla que nadie ocupa.

Te necesito cuando más todo sabe a destino traicionado.

Con los ojos abiertos recorro
paisajes familiares,
luz desgastada y descorazón constante.

Recorro con la mirada sostenida un universo de huecos necesarios.

Entonces
tengo que cerrar los ojos,
abrazar el silencio, denegar la cosecha y la consecuencia,
para creer que estás aquí,
conjurar toda la orfandad
para sentirme en ti.

O abrir los ojos y no ver nada.

CORAZÓN INVICTO

Cuán duro resulta
en el espejo
confrontar esa franqueza inexorable,
el paso de los años
y lo invicto —a veces—
de un corazón,
lo invulnerable del alma
que no puede sentir ni reflejarse
en esos ojos
que te devuelven con cansancio
la mirada.

Es duro, es cruel e implacable
—soberbiamente cierto—
pero enfréntalo.
Mira al espejo
y di
que estás invicta del corazón.

Recuerda y di a tu reflejo
que la última vez,
que en el último abrazo,
apenas —a penas—
y sentiste
que asirnos el uno del otro
tenía un resquicio de respuesta.

Dile que *amor*
—esa palabra tan agridulce—

por hoy no tiene cabida en tus entrañas
y que cuando en mí piensas:
yo, tú, esperanza;
yo, tu pasión;
yo, tú, anhelo;
yo, tu deseo;
esa palabra tan extraña
se pierde de tus labios
en un naufragio de silencio.

Dile a ese rostro que sonría
sin lástima
ni por uno ni por otro.

En tu corazón di —si puedes—
que el olvido es una especie de respuesta.

Enfrenta el espejo:
el infinito atrapado
del reflejo en tus pupilas,
tan implacable y certero.
Enfrenta un horizonte de nada
y di a esos ojos
que serán siempre inmarcesibles
en una lágrima para mí.

Di a tu corazón que no llorarás.

Mira al espejo
y di a esa imagen
antes tan ansiada
y todavía enclaustrada
en mis poemas y memoria
que si mar adentro
me sorprende la tormenta
el asirte sería hundirnos.

Y recuerda
—aunque la clave sea el olvido—
los besos de despedida
que no revolotearon
a tus labios desde tu mejilla.
Convencidos, se abandonaron
a la muralla del cansancio.

Recuerda ese beso final,
otro beso sabor
a sello postal,
a fecha para recordar,
a frío y último.

Dile a tu corazón
que todo fue un sueño
sin pretensiones a esperanza ni futuro
una farsa ilusa, que perdonen
los daños a terceros.

Dile otra vez
a tu imagen en el fondo del espejo
que sigues tan siempre
invicta del corazón
porque
en algún lugar,
en alguna mañana de ceniza,
de luces rotas,
unos ojos,
unos abismos de insomnio
al fondo de esta taza de café
ansían decirme un poco
—débil susurro—
que yo siento lo mismo.

Quiero decir

que yo igual estoy invicto
del maldito corazón.

Quiero mentirme
aunque sea un poco,
decir
que el olvido sea quizás
la última victoria

Mentir un poco,
creer menos
en las fracturas del alma,
en el requiebro del espíritu,
en esta derrota del corazón,
en que al menos por hoy
no te he olvidado nunca.

NO VENGAS ASÍ

No vengas así...
No te dibujes en el cansado horizonte
como una solitaria Nod, ilusoria.
No seas los cimientos de otra involuntaria muralla.
No seas el amargo testigo de los escombros
de esta incipiente Babel en ruinas.
Que no te condene de golpe
a ser manantial de mis desiertos.

No vengas tan crucial.

No vengas a inaugurar la vida
sobre la carcasa vacía de la mía,
no compongas nuestra música
—a la par de tu risa—
sobre este réquiem primordial.
No me ofrezcas nepente en el cáliz de tu boca.
después de beber yo tantos venenos.

No vengas a corromper tus vinos en mí.

Pero si vienes, si llegases a venir,
que sea a pesar de todo,
a causa de todo,
esencialmente por todo
y después de todo.

Ven después de mi redención,
franca e innegable.

No vengas a mí en la desesperanza
sino en una esperanza elemental,
y llega así de sutil y silenciosa,
casi inesperada.

Y si vienes,
si inexorablemente vienes,
a cumplir el milagro,
a resucitarme con tus labios,
a traer la bendición de tu aurora...

Entonces,
inexorablemente,
bienvenida.

PRINCIPIO

¿Cómo ansiar la luz del sol
si, geografía de nervios,
las raíces orientadas a las sombras
en su dulce y lento abrazo
sugieren la certeza, quizás,
más allá en tierra adentro?

¿Cómo ansiarla si mis ramas
de corteza acumulada
el único ardor que sentirán
será una reducción a cenizas
en una primera y última pasión?

¿Y cómo no erigir una torre
de silencio y de noche
si, después de tanta vida,
despojos?

¿Cómo volver los pasos,
cambiar de rumbo, derrumbado,
si no lo estoy?

Crezco inevitable,
en la esperanza desesperada
me nutro
—solo y siempre—
como un hongo.

* * *

Así que
¿cómo comenzar a sentir augurios
en tus sonrisas,
en el fondo de tus ojos,
en el fondo de mi suerte,
en el fondo del abismo?

Dime cómo,
dime si puedo.

¿Cómo condenarme a medir el tiempo con tu ausencia,
condenarte a medir la vida con mis ansias?

Dime si debo...

Pero después
—y a causa de— todo
no puedo negarme,
me he rendido ante tus ojos.

Hace ya muchas miradas que soy prisionero.

Hace ya tanta constancia
de mutuas sonrisas, secretas,
que la vida se niega a que la beba solo.
Hace ya tanto silencio, tanta delicia extendida,
que no puedo negarlo,
que no puedo negarte.

* * *

Y tengo miedo
de volver a sentir—resentir—
tus labios en otros labios
y los míos despedazados de silencio.

Hace ya tantas cenizas que tengo miedo.